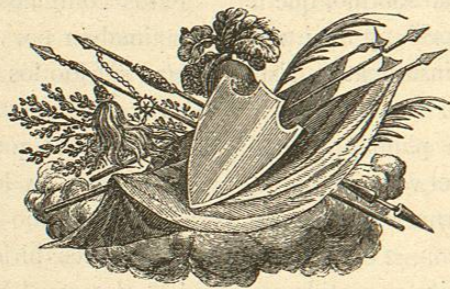


aisladas que las otras, pero favorecida por las circunstancias, iba á triunfar y á imponer sus soluciones.

Cuando tan minado se presentaba el ejército, dígase lo que se quiera, fué la mayor de las imbecilidades concentrar sobre Cádiz, sobre la ciudad que más recuerdos despertaba, un verdadero ejército capaz de conquistar á España para la libertad. Y en efecto, ¿qué sucede? Que tan pronto van llegando los batallones y los escuadrones principian los conciertos acabando por ofrecer el coronel Arco Agüero al general O'Donnell, al conde de La Bisbal la jefatura del movimiento, no porque los liberales creyeran hombre suyo y seguro á O'Donnell, sino porque era ambicioso y luego porque como eran muchos los elementos que se convenían, era necesario un jefe superior para imponerles la disciplina. Al mismo tiempo iniciaban Rotten y Gutiérrez al general Sarsfield que mandaba la división de Jerez. Pero si era activa la propaganda revolucionaria, no era menos enérgica y bien dirigido el espionaje. En Madrid se supo lo que se tramaba, y avisado el conde de La Bisbal, éste se apresuró á no huir del fuego dejándoles á todos comprometidos, como se podía esperar de un cobarde traidor, sino que, puesto de acuerdo con Sarsfield,

convenían el día 7 de Julio de 1819 en Cádiz, echar mano á los jefes de la conspiración, que pertenecían á la división acampada en Puerto de Santa María. Habiendo esta división recibido orden de salir de la ciudad, al estar en el campo se vió envuelta por la caballería de Sarsfield y un cuerpo de tropas de O'Donnell siendo entonces presos Odaly, Rotten, Quiroga, Arco Agüero pariente de O'Donnell, Ponte, los dos hermanos, San Miguel, Riego y otros.

Cuando el gobierno se enteró de lo ocurrido llenó de honores y recompensas á O'Donnell, pero habiendo sabido á poco su conducta, ó sospechando de él, se le destituyó y mandó encausar lo mismo que á Sarsfield. Fournas, un legitimista francés que se había distinguido en nuestras filas combatiendo en Gerona, tomó el mando del ejército interinamente para entregarlo al general Conde, quien ni por su edad, ni por sus achaques, ni por la flojedad de su carácter, podía ser el hombre de la situación, pues aunque presos los jefes del movimiento, no había sido posible arrancarles al ejército, en cuyo seno continuaban guardados con mayor ó menor severidad, prueba de que la conspiración era ya invencible y de que la hora de su triunfo había sonado.



CAPITULO VII

FRANCIA

Francia se ve amenazada de una situación parecida á la de España.—La dominación extranjera.—Dos sistemas.—Dos ministros.—Dos cortes.—La cámara *introuvable* y sus leyes de excepción.—Cuestiones provocadas por la ley electoral.—Solicitud de la Cámara por la Iglesia.—Desgracia de la Cámara.—Estado de cosas provocadas por las leyes de excepción.—Acción de la policía.—Las misiones eclesiásticas.—Persecuciones judiciales.—Pablo Didier.—Decazes.—Ordenanza del 5 de Setiembre de 1816.—Sesión parlamentaria de 1816 á 1817.—Lo que se esperaba de la ordenanza del 5 de Setiembre.—Nueva ley electoral.—Tumultos en Lyon.—Sesión legislativa de 1817 á 1818.—La hacienda.—Evacuación del territorio francés.—Estado de la opinión pública y de los partidos.—Divergencia de los intereses.—Los doctrinarios.—El gobierno y las facciones.—Nueva actitud de los realistas.—Caída del ministerio Richelieu.—El ministerio Dessolles.—Sesión legislativa de 1818 á 1819.—Los independentes y los refugiados.—Irritación del pueblo y de la prensa.—Primeras canciones políticas de Beranger.—El ministerio Decazes.

MA hemos visto cómo en Francia la caída de Napoleon en virtud de las circunstancias que precedieron, no pudo implicar la de sus hechuras, pero desde luego se comprende que al desaparecer definitivamente Napoleon tras Waterloo, el partido realista imperase en absoluto y se hiciera intransigente. Si en Francia las cosas, después de esa segunda Restauración, no fueron tan lejos como en España, esto no hay que dudarlo y hay que hacerle justicia, esto fué la obra exclusiva y personal del rey, de ese Luís XVIII que se había hecho lo más escéptico, que había perdido toda fe, y que no quería abusar del presente, temeroso de un porvenir en el cual creía no poder fiar. Si hubo algunas ejecuciones de generales, dolorosas, la de Ney por ejemplo, no hay duda que ésta era difícil de impedir como no se quisiera cubrir con el manto de la impunidad la indisciplina militar, pues aún cuando Ney por sus grandes hechos podía merecer un perdón especial, en aquellos momentos Ney no era el héroe de la retirada de Rusia ni de Waterloo, sino el

general que al pronunciarse en Saumur trajo á París á Napoleon y á Francia la segunda invasión. Fuera pues de estos castigos ó represalias, Luís XVIII no quiso faltar á sus juramentos ni á sus compromisos y no consintió en abrogar la Carta que es lo que le pedía con insistencia su hermano Carlos, á cuyo alrededor se habían agrupado todos los enemigos acérrimos de la libertad y del constitucionalismo.

Tenía también la Carta otros enemigos y eran los que como Sevre, Vaublanc y Chateaubriand querían afianzar la realeza en vista del porvenir, para impedir la vuelta de la democracia. Querían éstos que la monarquía se apoyara fuertemente en una aristocracia territorial firme y enérgica, y á este efecto se había ya espurgado convenientemente la cámara de los pares, cuya tarea principió el mismo Talleyrand, pero si Luís XVIII estaba conforme en restaurar á la aristocracia y al clero, no lo estaba ni poco ni mucho en hacerlo fuera de los límites trazados por la Carta. Estos dignos escrúpulos por la palabra empeñada, salvaron en Francia el régimen constitu-